

LA “ROSA EN LA CARRILERA” O LA INUTILIDAD DE LA POESÍA

THE “ROSE ON THE RAILS” OR THE POETRY’S USELESSNESS

LUZ HELENA CORDERO VILLAMIZAR¹
luzhelenacv@gmail.com
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA, COLOMBIA

RECIBIDO (22.10.2016) – APROBADO (24.10.2016)
DOI: 10.17533/UDEA.ELC.N40A09

El trasfondo de las ideas que esbozaré es la reiterada pregunta por la poesía escrita en Colombia y su diálogo con el contexto histórico. Para llenar de sustancia esta reflexión no solo convocaré algunas voces representativas de nuestra poesía sino que echaré mano de algunos planteamientos teóricos que servirán de vasos comunicantes. Me referiré a la inutilidad de la poesía pero también a su papel en la deconstrucción de lo que hemos convenido en llamar realidad. Para el caso colombiano se trata de la relación entre los hechos violentos y las voces poéticas. Un segundo elemento es el diálogo entre la poesía y la memoria, así como la mirada del hecho poético como imagen-acción.

Sobre la inutilidad de la poesía

Hay imágenes crispantes: en París un arma dispara a una revista de caricaturas; en Florencia (Caquetá) una masacre acaba con el juego de cinco niños. Fuera del horror, hay algo en común: la confrontación de dos lenguajes incompatibles, la presencia de dos símbolos irreconciliables de lo humano. De un lado, el dibujo, el juego; del otro, la agresión física que lleva a la muerte.

¹ Algunos de sus libros son: *Postal de la memoria (antología personal)*. Ibagué: Caza de Libros, 2010; *Por arte de palabras*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2009; *Cielo ausente*. Poesía. Ediciones Sociedad de la Imaginación, Bogotá, 2001; *El puente está quebrado*. Relatos. Editorial Magisterio, Bogotá, 1998; *Canción para matar el miedo*. Cuentos. Editorial Magisterio, Bogotá, 1997; *Óyeme con los ojos*. Tiempo de Voces, 12. Verdehalago, Ciudad de México, 1996 y Editorial Trilce, Bogotá, 1996.

Cómo citar esta conferencia: Cordero, L. H. (2017). La “rosa en la carrilera” o la inutilidad de la poesía. *Estudios de literatura colombiana* 40, pp. 143-152. DOI: 10.17533/udea.elc.n40a09.

Pues la violencia también es lenguaje como “conjunto de señales que dan a entender algo”, según la sexta acepción de la Real Academia Española. Y, paradójicamente, no hay nada más humano que la violencia. Esta doble condición, este Minotauro criollo, están presentes en nuestra historia. Montañas de cadáveres junto a mil y una páginas de poesía. Tenemos una gran tolerancia a la desgracia y una admirable capacidad de resistencia. Hemos encontrado formas de afrontamiento y de reacción creativas, entre las que están la literatura y específicamente la poesía. *La vorágine*, *La hojarasca*, *La tejedora de coronas* o *La carroza de Bolívar* se deben también a esa necesidad de contar lo que somos y de dónde venimos. Qué diremos de la poesía, que a veces parece ocultar más que develar, que por momentos calla y de pronto denuncia, pero que casi siempre revela y se rebela.

Si bien la poesía no responde de manera utilitaria a ningún encargo social y, tal como lo dice Juan Manuel Roca, no tiene “un papel mesiánico” ni “una utilidad inmediata”, el poema interroga, cuestiona, traduce, convoca y puede transformar la visión y la sensibilidad frente a lo real. Traigo a colación la bella metáfora de Roca, según la cual, pretender que la poesía cambie la realidad equivale a pensar que se puede descarrilar un tren atravesando “una rosa en la carrilera”. Y añadido que la visión de la rosa aplastada es el símbolo del encuentro trágico de dos dimensiones distintas de lo humano, que en otro escenario podrían complementarse. Pensemos en la imagen romántica del tren que atraviesa un campo de rosas. La poesía también puede ser el tren que estremece y cambia el paisaje.

Un rápido vuelo sobre miles de páginas de poesía escritas en Colombia desde principios del siglo xx hasta hoy nos muestra que, más allá de los estilos, los tonos o las figuras retóricas, la poesía traduce y elabora el momento histórico y las situaciones sociales. Miles de versos se han dedicado a contar, pintar y poner en cuestión hechos violentos coyunturales y el paisaje político. Esta referencia ya la encontramos en el denominado poeta nacional, Rafael Pombo, a quien recordamos más por sus estrofas de Rinrín renacuajo, sus gatos bandidos y ratones fiesteros que por sus versos de amor o por estos irónicos versos al bambuco:

Cambió la situación:
Pronto sonó en horamala,
la maldita generala
de alarma y revolución.
Todos mis conciudadanos
gozaron de su derecho

de ir a atajar con el pecho
las balas de sus hermanos.

Varios años después, Luis Vidales hace sonar sus timbres para despertar a sus contemporáneos del sueño romántico y exclama:

Este solar de tierra de Colombia nos duele
con un dolor de aquellos que no es grito ni grita

y deja constancia poética de su ser político cuando dice:

Ahora estamos aquí para que todos sepan
que vivimos de quienes murieron por nosotros,
porque siempre estará presente una rosa
para dar testimonio de las que perecieron.

Héctor Rojas Herazo se aparta de las convenciones de la política partidista diciendo:

No me pongan un rótulo.
No le pongan color a mi destino.
No me pinten de azul o de amarillo
o de rojo encendido o verde mora
el sudor de mi axila o mi cabello.
No pongan a derecha mis sentidos
Ni a izquierda mi dolor y mi sonido.

Y elabora poéticamente una postura humana comprometida con su momento histórico, libre e innovadora en las imágenes y en la utilización de palabras que usualmente no van juntas:

Por lo tanto medito las huelgas,
me rasco los riñones,
devoro montones de basura con mi olfato.
Otro tanto las guerras, los heridos
que bailan dulcemente en los periódicos,
en sus islas de tinta

En algunos casos la poesía deja testimonio de hechos concretos a los que añade la esencia del sentir, la imagen que rasga la página, el estremecimiento y el eco que hacen taladrar la conciencia, persistir, hacer que no los cubra el olvido. Aquí una muestra proveniente de poetas de diferentes tiempos y estilos. Fernando Charry Lara dice:

Eran vísperas del crimen el empedrado,
la tarde,

el sol caído violentamente hacia el oeste,
cuando, desde balcón a la plaza,
veías
negros jinetes cruzar.

Remotos, pálidos, silenciosos,
iban
en lento paso morado,
en procesión de monstruos fugitivos,
y su vacilación el sitio a donde
llevar duelo.

María Mercedes Carranza describe así el horror en Tierralta (Córdoba):

Esto es la boca que hubo,
esto los besos.
Ahora solo tierra: tierra
entre la boca quieta.

Víctor López Rache traduce así la masacre de Bojayá:

Los cohetes abrían en el aire hondos orificios
y el breve camino del caserío
era un quejido de espejismos rotos.

La luz empezaba a buscar refugio
y los árboles gemían
como hadas en los tsunamis del infierno.

Mientras las explosiones
acababan de tejer el círculo
en la vida el fuego saciaba su colección de odios.

Sin mirar atrás,
despavorido,
Dios huía de las brasas de la iglesia.

El hecho poético como imagen-acción

Si bien la poesía en sus orígenes como epopeya fue la voz elegida para contar y transmitir los acontecimientos, reales o ficticios, ya para Aristóteles era claro que su misión no podía ser representar el pasado sino imaginar lo que podría suceder, sugestiva condición que ya antes le había costado a los poetas la expulsión de la ciudad ideal de Platón y con ello la conquista del reino de la imaginación y la creación. El poeta se debe a su mundo y a su tiempo y no le es posible desconocer su papel de intérprete del imaginario

colectivo. La poesía está en las manos que moldean el barro que las sepulta y en el barro mismo que reclama su voz. Porque decir imaginación no es levitar en la nebulosa, es hacer de la imagen una acción poética, es traspasar un universo de símbolos para impactar la realidad. ¿Quién podría dudar de la realidad del pensamiento o del sentimiento, sin desaparecer del planeta?

Henry Bergson lleva la imaginación al plano de la acción cuando dice que “un ser humano que soñase su existencia en lugar de vivirla tendría bajo su mirada, en todo momento, la multitud infinita de los detalles de su vida pasada”. Esto parece haber calado en Jorge Luis Borges, aunque prefiero pensar que fue Borges el que creó a Bergson como su precursor, pues de qué otro modo interpretar “Las ruinas circulares” y sus laberintos entre el sueño y el mundo real. Desde otro campo del conocimiento, nos llega la voz de Edgar Morin para decirnos, a propósito de la necesidad de un pensamiento complejo, que existe una inevitable “incertidumbre fundamental” entre el pensamiento y el mundo exterior, pues la biología del conocimiento no ha logrado identificar en el cerebro humano un dispositivo o un mecanismo que permita diferenciar la percepción de la alucinación, lo real de lo imaginario. Idea que refuerza el papel de la literatura y de la poesía como generadores de realidades humanas.

Siguiendo la tesis de Bergson y la afirmación de Morin, diríamos que el sueño y la memoria comparten el mismo plano de irrealidad (o de realidad), aunque el primero sea una creación del inconsciente y creamos ser más dueños de los recuerdos que de nuestras pesadillas. Lo que recordamos ya no existe, igual que lo que acontece en el sueño o en la imaginación. Pero esa dimensión que consideramos irreal, a través de nuestro cuerpo y de nuestro cerebro se llena de sensaciones, se materializa y de ese modo se integra al presente, al que a su vez ubicamos en el plano de lo real. Hay una analogía entre estos fenómenos y el hecho poético: la poesía cuando nombra crea un universo, es imagen, es memoria y es sueño. Si la imagen actualiza el recuerdo, y si además la memoria que tenemos de lo soñado no se diferencia de aquella que nos deja lo vivido, entonces podemos decir que la imaginación y la poesía inciden en el aquí y el ahora, como quien acaba de despertar y siente el miedo de encontrarse cara a cara con el objeto de su pesadilla. Igual que ocurre en el delirio, cuando las voces que vienen del adentro empujan al alucinado hacia el abismo, instante en que el espejismo se convierte en acción. La palabra poética elabora estéticamente el mundo, al tiempo que nombra, crea, teje recuerdos, sentimientos, objetos, ideas, hechos, haciendo

que estos se materialicen en sensaciones corporales o mentales que se vuelcan al presente de diversas maneras, algunas claras o conscientes, otras veladas o inconscientes. De este modo funda realidades psíquicas que pueden ser tan vívidas como esas otras que se designan como objetivas o externas y a las que se les confiere el monopolio de la verdad. Fernando Pessoa dice que “la sensación es la única realidad”.

Aquí unas imágenes con las que José Manuel Arango logra perpetuar unos hechos en el presente poético, imágenes que se instalan en el sentir del lector generando reacciones inusitadas que traspasan la conciencia y de ese modo tocan la realidad:

Desnuda
las piernas recogidas un tanto
las rodillas aparte como para el amor

El inspector de turno
dice ajusta los hechos a la jerga
de oficio
el secretario
con dos dedos teclea

Yo
también me he anudado mi pañuelo en la nuca
miro el pubis picoteado

O esta descripción de Piedad Bonnet que nos resulta tan familiar en el paisaje cotidiano:

Cecilio es negro como el faldón con flores de su madre.
Antonio tiene acné y sufre los sábados
cuando va a un baile y ve a una muchacha hermosa.
Luis es largo y amable y virgen todavía.

En esta misma hora,
uno mira hacia el sur, donde su hermana
ha encendido una vela. Un gallinazo
picotea su frente. El otro
parece que estuviera cantando, tan abierta
tiene la boca a tan temprana hora. La misma
en que el tercero,
(largo y amable y virgen todavía)
parece que durmiera
con una flor de sangre sobre el sexo.
Sobre su pecho hay un escapulario.

Todo en el monte calla.
Ya alguien vendrá por ellos.

La ironía, la comedia y la caricatura son el tono preferido de otros poetas, entre los que podemos nombrar a los nadaístas, que con su iconoclastia hacen fuertes llamados a la reflexión sobre la historia de Colombia, como en este fragmento de “Las hijas del muerto” de Jaime Jaramillo Escobar:

Y fueron apareciendo, banderas azules en los caminos. Pendones azules en los árboles del monte.

Tremolantes en el hedor de la cadaverina.

Y fue obligado pintar de azul todas las puertas y ventanas de las casas, y la mampostería. Mis abuelos, como eran muy viejos, pintaron hasta el techo y el sardinel. Se asustaron mucho una mañana, cuando apareció una flor roja en su jardín. ¿Ya no estaba el Señor de parte de ellos?

Porque aquél era el tiempo en que los colores peleaban entre sí, el azul con el rojo, que están unidos en la bandera, se había ordenado separarlos.

Jotamario Arbeláez mezcla el humor y la política, viste de lirismo su palabra incendiaria que no pierde vigencia:

Un día
después de la guerra
si hay guerra
si después de la guerra hay un día
te tomaré en mis brazos
un día después de la guerra
si hay guerra
si después de la guerra hay un día
si después de la guerra tengo brazos
y te haré con amor el amor
un día después de la guerra
si hay guerra
si después de la guerra hay un día
si después de la guerra hay amor
y si hay con qué hacer el amor.

En otra orilla poética nos queda el retrato de “La patria boba” de Juan Gustavo Cobo Borda:

Sucios y ojerosos, allí van los libertadores.
Derregados sobre los mulos, barbados,
sacudidos por la fiebre y la malaria,
chapotean entre los charcos.

Se dirigen hacia los empréstitos.
Van en pos de vales y libranzas.

Allí van igualmente los reclutas.
Marchan con las manos atadas
por temor a que se escapen.
Solo se les darán los rifles
al llegar al campo de batalla.

Allí van los próceres.

Desde *Señal de cuervos* (1979) y *País secreto* (1987) hasta sus últimos poemas, podríamos considerar a Juan Manuel Roca como el poeta nacional de nuestros días, porque ha logrado conjugar una voz poética excelsa en su elaboración y su belleza, con una postura política profundamente crítica y reveladora de esa realidad llamada Colombia. Roca, mago en metáforas y símbolos, cuenta, desnuda y re-crea este momento histórico y se regodea en imágenes que nos representan y que empiezan a formar parte de nuestro imaginario:

La señal de los cuervos
Anuncia la nueva hora del terror
Los cuerpos otra vez bajando por el río
La subienda de muertos a orillas
Del nuevo y rojo día.
Alguien suelta sus pájaros oscuros
Desde las secretas cámaras del palacio.

El poeta nunca ha ido a la guerra, ni falta que le hace, pero sabe desde niño que ya está en la guerra y denuncia su “jerga salvaje” y su “danzón de las pistolas”. Roca teje sus versos con la lucidez del cronista y con la magia del asombro, sabe ver el alma de las cosas y descubrir que en este país “crecen la rabia y las orquídeas por parejo”. Algunos de sus versos ya están tatuados a la piel de las generaciones, como estos que ya son parte de una poética de la historia nacional:

Aquí hay palmeras cantoras
Pero también hay hombres torturados.
Aquí hay cielos absolutamente desnudos
Y mujeres encorvadas al pedal de la Singer
Que hubieran podido llegar en su loco pedaleo
Hasta Java y Burdeos,
Hasta el Nepal y su pueblito de Gales,
Donde supongo que bebía sombras su querido Dylan Thomas.
Las mujeres de este país son capaces
De coserle un botón al viento,
De vestirlo de organista.

No es que el poeta quiera cambiar el mundo con sus versos. No es que la rosa pretenda detener el tren. Es que las palabras y las rosas tienen una carga simbólica tal que logran hacer mella en la conciencia, invierten las fuerzas, hacen que la montaña se mueva ante el “abracadabra”, abren paso a otra dimensión del pensar, el sentir y el hacer. Así la fuerza de la palabra poética trasciende el presente e incide en el acontecer humano. Para utilizar otro verso de Roca, el poeta es el “hombre de cristal que atraviesa en medio de una pelea entre dos bandos de picapedreros”. Cómo explicar la persecución a las ideas en los regímenes totalitarios, la censura y la imposición del silencio, la práctica de medidas inquisitoriales como la quema de libros y la condena a muerte por creencias, ideas o discursos, el arma contra el Corán o contra la caricatura, si no es por el temor a la fuerza de lo simbólico para estremecer, para con-mover el mundo.

Pero el poder de la palabra poética no solo proviene de los versos y del que los escribe. En el proceso creativo participa también quien recibe el texto poético, el lector que le imprime una dirección y una nueva fuerza, haciendo que las palabras se multipliquen, se transformen y trasciendan hacia otros espacios y tiempos, sin que su efecto se pueda prever o contener. Las novelas de caballería y su papel en la metamorfosis de Alonso Quijano en Don Quijote, son un ejemplo de la incidencia de la ficción en una realidad ficticia (valga el oxímoron). Ese fenómeno representa la fuerza de la literatura como motor de los hechos humanos. Gustave Flaubert fue condenado porque Madame Bovary ofendía la moral, desnudaba la hipocresía, se temía que las señoras de buenas costumbres despertaran a la sensualidad. Tal puede ser la influencia de las palabras en las siguientes generaciones.

Paul Ricœur en *Tiempo y narración* se refiere a la fenomenología del acto de leer y al aspecto inacabado del texto literario: “el acto de lectura es dialéctico y el trabajo de lectura es como el trabajo del sueño”. Así el lector transfigura las palabras, potencia los contenidos y actúa en consecuencia. El poema dispara y da en el blanco que es la sensibilidad, el sentir y el pensar que subyacen a toda acción. Los lectores son a un tiempo receptores, transformadores, contradictores o multiplicadores de una palabra que se amplifica y trasciende hacia el pasado, el presente y el futuro. El poeta lanza sus caballos desbocados y estos ya no le pertenecen. El poder de la palabra poética actúa sobre la memoria colectiva, propone símbolos y nuevas interpretaciones de lo real, lucha contra el olvido y, en otra dimensión de lo humano, logra hacer posible el perdón. Como lo dice Juan Felipe Robledo:

Aún podemos aprender del corazón su entramado vaivén, el sosiego que nos ofrece sin que nos demos cuenta, podemos coger con una mano al que golpea y dar fuerza a su odio, llenarlo de convicción y extrañado delirio, amamantar su ansia para que así nos demuestre en qué lugar ha puesto el alma, y luego podemos darle un abrazo que sea alegría y verdadero encuentro y olvido después del odio.

Bogotá, octubre de 2016

Referencias

1. Bergson, H. (2006). *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Buenos Aires: Cactus.
2. Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. París: Gedisa
3. Ricœur, P. (2009). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI.

Poemas citados

1. Arango, J. M. (2009). Como para el amor. En: *Fe de erratas. Antología* (pp. 38-39). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, No. 47.
2. Arbeláez, J. (2009). Un día después de la guerra. En A. Romero (Ed.). *Antología del nadaísmo*. Sevilla: Sibila.
3. Bonnet, P. (2004). Sin novedad en el frente. En: *Tretas del débil*. Bogotá: Nomos.
4. Carranza M. M. (2004). Tierralta. En: *Antología* (pp. 52-54). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, No. 6.
5. Charry Lara, F. (2004). Testimonio. En: *Antología* (p. 34). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, No. 3.
6. Cobo Borda, J. G (2009). Los poetas mienten. En: *Antología poética* (p. 49). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, No. 51.
7. Jaramillo Escobar, J. (1991). Las hijas del muerto. En: *Sombrero de ahogado* (pp. 24-26). Medellín: El propio bolsillo.
8. Rojas Herazo, H. (2005). Menester. En: *Antología* (p. 56). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, No. 16.
9. López Rache, V. (2012). Cohetes en Bojayá. En: *Antes de despertar* (p. 27). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, No. 88.
10. Pombo, R. (2012). El bambuco. En: *Poemas infantiles y otros poemas* (p. 68). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, No. 80.
11. Robledo, J. F. (2006). Luz en lo alto. En: *Antología poética* (pp. 36-37). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, No. 23.
12. Roca, J. M. (1991). Señal de cuervos, Una carta rumbo a Gales. En: *Luna de ciegos. Poemas escogidos* (pp. 98-126). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
13. Vidales, L. (2012). Música de cámara para la aldea perdida. En: *Antología poética* (p. 56). Bogotá: Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, No. 22.